

Cinco criterios que impiden la comprensión de la Escritura

Hay cinco criterios que la persona común emplea para juzgar la validez o la aceptabilidad de cualquier declaración, conclusión o proposición. Esto incluye, manifiestamente, lo que se lee en la Escritura. Al oír que hay ciertas pautas comunes que casi todos los hombres comparten, el creyente ha de examinarse profundamente al respecto. El que profesa ser discípulo de Cristo tiene la responsabilidad de ver si comparte la forma de pensar de los demás. Y si comparte con ellos algo, hay que reconocerlo en seguida y tratará de cambiarlo.

Para ayudarnos a realizar este ejercicio mental, quisiera explicar en breve los cinco criterios que, para el hombre contemporáneo, son intuitivos y axiomáticos; es decir, estos cinco criterios operan mecánicamente dentro de cada persona sin que ella sepa que existen como parte del aparato mental.

1. Relevancia: Se dice que cualquier proposición hecha por una persona debe ser deducida de una declaración propuesta—ya sea de sólo la hipótesis o de ciertas «leyes» causales, las cuales, se presume, ya han sido establecidas como muy probables. Si la declaración empleada para explicar no explica satisfactoriamente la situación adecuadamente, la proposición o declaración simplemente se juzga irrelevante.
2. Probable/verificable: Se dice que es absolutamente necesario que se pueda poner a prueba una declaración o proposición propuesta. Eso es, tiene que haber la posibilidad de hacer observaciones que tienden a confirmar o desaprobar la declaración. Tiene que haber algún vínculo entre la declaración y los datos empíricos o los hechos.
3. Hay que ser compatible con las conclusiones previamente establecidas: Las declaraciones propagadas tienen que concordar con las demás conclusiones que se establecieron en el pasado. En otras palabras, hay que entender las declaraciones actuales en base al conocimiento ya establecido.
4. Poder explicativo o predecible: Hay que poder explicar la declaración o proposición en base a las experiencias previas. Y si no es posible, la explicación actual no es válida.
5. Simplicidad: La historia de la investigación nos ha enseñado que cuando dos ideas rivales, que satisfacen los otros cuatro criterios mencionados arriba, la explicación más sencilla será la que generalmente se acepte.

Históricamente, el ejemplo más citado es aquel que tiene que ver con Ptolomeo (127-151) y Copérnico (1473-1543). Ambos trataron de explicar todos los datos conocidos acerca de la

astronomía. Según la teoría de Ptolomeo, la tierra era el centro del universo y los cuerpos celestiales giraban en sus órbitas que requerían una geometría muy complicada de epiciclos. La teoría de Ptolomeo era muy relevante, examinable y compatible con las otras hipótesis establecidas, satisfaciendo los primeros tres criterios perfectamente. Sin embargo, según la teoría de Copérnico, el sol es el centro del universo en vez de la tierra y la tierra y los demás planetas se revuelven en sus órbitas el sol. La teoría de Copérnico también satisfizo perfectamente los primeros tres criterios. Con respecto al cuarto criterio, el del poder explicativo, no había mucha diferencia entre las dos teorías. Pero tocante al quinto criterio había una diferencia muy significativa entre las dos hipótesis rivales. Aunque ambas teorías requirieron el número torpe de epiciclos para tomar en cuenta las posiciones observadas de los varios cuerpos celestiales, la teoría de Copérnico fue aceptada porque su explicación requirió menos epiciclos. Así pues, la declaración copérmica pudo simplificar la explicación y en base a esto los hombres comenzaron a aceptar la idea de la simplicidad. En otras palabras, si hay dos explicaciones y son más o menos iguales, se debe aceptar la más fácil.

Hay un muro masivo que cada uno de nosotros confronta cuando estudia la Escritura y cuando enseña y predica. La linealidad, la periodización, el reduccionismo ético, la doctrina de experiencia, la doctrina de tiempo, la psicología de medir y la causalidad más tiempo, etcétera. De alguna forma todas estas cosas están estrechamente enlazadas. A veces es imposible aun hablar acerca de estas por el modo en el cual el mundo ha definido el racionalismo y el raciocinio.

Abogamos por una nueva definición del racionalismo y el raciocinio. El mundo científico ha secuestrado el término y lo ha corrompido. Cuando decimos que somos racionales y razonables nos abstenemos de la definición común; lo que queremos manifestar es que deseamos ver cómo Dios, en las Escrituras, define lo que Él realmente creó. Él creó el racionalismo y el raciocinio. Dios, ya que se ha revelado una en la Escritura, nos ayuda a comprender la naturaleza de la facultad mental. Debemos recordar que comúnmente se definen el racionalismo y el raciocinio así respectivamente: «doctrina cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana»; «facultad de inferir un juicio desconocido a partir de otro u otros conocidos» (Océano Uno, 1994). Por eso, el racionalismo y el raciocinio no son productos de la conciencia humana, aunque el hombre común desea que pensemos eso.

Decimos eso porque cuando se leen los libros de Éxodo, Números y Deuteronomio parece que Dios trataba de provocar que los israelitas cuestionaran su definición del racionalismo. No era racional, le dijeron a Moisés, que él provocara la ira de Faraón. En Éxodo 5.2, Faraón le hace una pregunta a Moisés acerca de Dios: «¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?». Después de la explicación de Moisés respecto de quién es Jehová «el rey de Egipto les dijo a Moisés y Aarón, ¿por que hacéis cesar al pueblo de su trabajo?» (v. 4). En el versículo 7, Faraón se manifiesta con una reacción que a los israelitas no les gusta para nada, «De aquí en adelante no daréis paja al pueblo para hacer ladrillo, como hasta ahora; vayan ellos y recojan por sí mismos la paja». No sólo eso sucedió sino que también los judíos tienen que entregar la misma cantidad de ladrillo (v. 18). Así pues, queremos hacer hincapié aquí en la reacción de los capataces judíos a lo que hacen Moisés y Aarón. «Y encontrando a Moisés y Aarón, que estaban a la vista de ellos cuando salían de la presencia de Faraón, les dijeron: Mire Jehová sobre vosotros, y juzgue; pues nos habéis hecho abominables delante de Faraón y de sus siervos, poniéndoles la espada en la mano para que nos maten» (vs. 20-21). Podemos casi escuchar las voces de los judíos cuando hablaban con Moisés y Aarón porque les decían que lo que hacían no era racional. Ellos, sólo miraban su condición ya que iba de mal en peor. Para ellos las acciones precipitadas por Dios no tenían razón y, de hecho, eran irracionales.

Al salir de Egipto, Dios no llevó a los israelitas «por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca; porque dijo Dios: «Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto» (Éxodo 13.17). Sabía Dios cómo iban a pensar y decidió guiarlos por otro camino, un camino que los llevaría al desierto del Mar Rojo. Pero al llegar al Mar Rojo ellos vieron que aparentemente no había salida. Los judíos reaccionaron de una manera muy carnal porque dijeron que estaban encerrados. En Éxodo 14.10-12 leemos la reacción de los judíos al confrontar las realidades concretas de su experiencia, «Y cuando Faraón se hubo acercado, los hijos de Israel alzaron sus ojos, y he aquí que los egipcios venían tras ellos; por lo que los hijos de Israel temieron en gran manera, y clamaron a Jehová. Y dijeron a Moisés: ¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto». En otras palabras, los hijos de Israel le decían a Moisés que lo que él

había hecho no era comportamiento apropiado ni racional. Iban a morir para nada porque lo que él les decía no podía ser verificado en ese momento.

Moisés pidió que tuviesen confianza en Dios. Pero no podían ver más allá de su propio entendimiento sensorial. Rechazaron la explicación divina de Moisés, «No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros y vosotros estaréis tranquilos» (vs. 13-14). Tal explicación, sin embargo, no concordaba con la situación real, pensaban ellos. Dijeron que la explicación dada por Moisés no era compatible con las conclusiones previamente establecidas. Además, optaron por la explicación más fácil de aceptar; lo que concordaba con la carne.

Después de su salida de Egipto anduvieron tres días por el desierto sin encontrar agua (Éxodo 15.22-27). Por fin llegaron a Mara pero las aguas eran amargas y no hubo cómo beberlas. El pueblo se manifestó de una manera lógica, desde su punto de vista. ¿Quién podría negar su presuposición? Porque si no había agua y habían buscado por tres días, de hecho, no existía agua e iban a morir de sed porque en el desierto no había cómo cavar pozos y encontrar lo necesario para sostener el organismo humano. Precisamente es aquí en Mara donde el Señor probó otra vez los corazones de los hijos de Israel sobre cómo pensaban funcionaba el universo. Estaban convencidos que las supuestas «leyes naturales» (perdonen la expresión) funcionaban aquí en vez de Dios; no creían que Dios estuviera en control de todo de un modo espontáneo. Así pues, vemos una vez más que el Señor cuestionaba su definición del racionalismo y raciocinio.

Nótese también que Dios les advertía respecto a cómo se debía de usar el raciocinio humano, «Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador» (Éxodo 15.26). Para admitir el significado del versículo citado hay que aceptar otro entendimiento de cómo funciona el universo. ¿Cómo, entonces, funciona? ¿Está Dios en control de todo, momento por momento? ¿Todavía responde Dios al creyente que reacciona de acuerdo con sus mandamientos? Es, después de todo, una cuestión de cosmología. ¡Es una gran cosa! Pero en vez de ver a Dios como el refugio, lo solemos ver como un Dios remoto, porque las declaraciones propuestas en la Escritura no tienen en nuestras mentes poder explicativo porque no se puede predecir los

resultados de nuestras acciones. Y si no podemos predecir el resultado de una algo, francamente nos es demasiado difícil de creer.

Podemos ver que los hijos de Israel no habían oído atentamente la voz de Jehová porque no hacían lo recto delante de los ojos de Dios. ¿Cómo lo sabemos? Porque después del incidente en Mara no cambiaron de parecer. Nunca realmente decidieron en sus corazones que la palabra de Dios valía más que la mente humana. Seguían dependiendo de su habilidad sensorial (sus cinco sentidos). Tenían confianza en sí mismos, y no iban a sujetarse a un Dios invisible pese a lo que Él hiciese. En la actualidad cada persona también se halla en la misma circunstancia. Porque cuando la situación es difícil, ¿cómo va a responder? ¿Responderá en base a lo más entendible/probable o en base a otro criterio revelado?

Vemos el fracaso de los israelitas—que ahora llega a ser histórico—en Éxodo 17 cuando acamparon en Refidim y no había agua para que el pueblo bebiese. Los versículos 2 y 4 aseveran que los judíos actuaron infielmente porque la Escritura dice «Y altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: Danos agua para que bebamos. Y Moisés les dijo: ¿Por que altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová? Así que el pueblo tuvo allí sed, y murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados? Entonces clamó Moisés a Jehová, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? De aquí a un poco me apredrearán.» La narración de este evento se encuentra en Números 20.1-13. Moisés se enoja con los hijos de Israel y les habla muy fuertemente en el versículo 10: «¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?». ¡Los judíos no podían creer porque era demasiado! Dios había provocado otra vez que cuestionaran su definición del racionalismo y el raciocinio.

También vemos que el apogeo de la infidelidad de los israelitas culminó en Cades-barnea en el desierto de Parán porque después de todos los incidentes que experimentaron todavía vivían por vista. En Números 13, Moisés envió a los espías a reconocer la tierra de Canaán. Después de los cuarenta días, diez de los espías declararon que era imposible derrotar a los pueblos que habitaban la tierra. Diez de los varones dijeron, en los versículos 31-33, que: «No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. Y hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra de habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos

nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos». Vemos que los diez espías creían en su propia habilidad de analizar el medio ambiente. Estaban seguros cien por ciento de que lo que experimentaron durante los cuarenta días les decían la verdad. Pensando desde su punto de vista, ¿quién podría echarles la culpa? ¡Pues, Dios podía porque se había revelado en representaciones verbales que iban en contra de las representaciones escriturales!

Ahora, cuando pensamos en cada evento antes mencionado, fácil es ver que los hijos de Israel usaban lo que llamamos los cinco criterios que impiden una comprensión de la Escritura. Por ejemplo, al salir de Egipto los judíos no podían entender qué relevancia tenía lo que Moisés hacía cuando Faraón les quitó la paja sin reducir su cuota. Pensaban que tenían control de las circunstancias y se enojaron. Es decir, pensaban que su evaluación de la situación valía más que cualquier otra persona ya que era suya. El problema es que habían neutralizado a Dios en sus mentes; es como si no existiese.

En Éxodo 15.22-27, en Mara, no podían aceptar la posibilidad de encontrar agua en el desierto porque no era probable ni era compatible con las conclusiones previamente establecidas. Quiero decir que normalmente no se observaba que las aguas en los desiertos se endulzaron. Consiguientemente, no era probable ni podían comparar el posible resultado con las conclusiones previamente establecidas.

En Refidim, cuando no había agua para beber por tres días mientras caminaban, era imposible explicar lo que iba a suceder. Y querían una explicación predecible; una explicación que estaba de acuerdo con sus experiencias terrenales. Mientras tanto Dios quería que viviesen por fe; deseaba que dependieran de Él. Pero no quisieron aceptar una explicación que no concordó instantáneamente con su propio entendimiento o racionalismo. Si no era sencilla la explicación, no querían gastar la energía requerida para creer en algo que estaba más allá de su rutina cotidiana. Al contrario, Dios pedía que dependieran no de su propia definición del racionalismo y la definición de casi todos, incluyendo la de sus parientes y amigos, sino en lo invisible. Podemos decir que los judíos comparten todo esto con nosotros puesto que, como ellos, tendemos a creer que hay que creer en ciertas cosas ya que tienen concordancia con los demás. Damos por sentado casi sin reservación que la mayoría tiene razón. Después de todo, si todos creen así tienen que tener razón porque todos a la misma vez no pueden equivocarse, se dice. En otras palabras, es la mayoría que decide cómo se define el racionalismo humano. Es por esa

razón que queremos saber qué piensan los demás. Y es por eso que a veces estamos obsesionados respecto de las opiniones de nuestros amigos, conocidos, etcétera.

Sin embargo, la Escritura, como acabamos de ver, es la antípoda de la evaluación sensorial. Dios, ya que Él creó la mente y la inteligencia, tiene otra definición del racionalismo. Pensamos que sólo al ver las generalizaciones sacadas de Deuteronomio, Números y Éxodo que es posible ver el problema de la manera en la cual el hombre común opera mentalmente. Inclusive, puede ser hombre moral, asistir al culto, comprender las doctrinas y haberse bautizado; pero si todavía comparte los cinco criterios que impiden la comprensión de las Escrituras, es un hombre o mujer que se sirve a sí mismo. La Escritura nos dice que ningún idólatra entrará en los cielos. Así que, es necesario analizar el modo en el cual representamos y, por tanto, razonamos. Siempre hay dos mundos abiertos a la mente humana: el universo simbólico ofrecido a través del sensorio o el universo simbólico ofrecido a través de las palabras de la Sagrada Escritura. ¡Hay que escoger entre los dos!

Dane Boyles

Leander, Texas & Cuenca, Ecuador